

II.

CARTA II.

Respuesta de don Servando á los lamentos políticos del pobrecito holgazan.

Muy señor mio : no se me viene usted con mala jácara ni con pequeños clamores en su malhadada carta que acabo de recibir. ¿Cuándo ni por donde ha soñado usted que yo tenga limosnas de misas, ni que en caso de tenerlas se las habia de encargar al fraile, su protector y amigote? ¿Piensa usted acaso que aquí estamos para tirar el dinero, ó que nos falta muger preñada y chiquillos llorones que pidan pan á todas horas? ¡Ay señor lamentador y cuán poco está usted en lo cierto de lo que pasa en este mundo miserable! Usted me cuenta sus presentes desdichas, sus esperanzas malogradas, sus cálculos fallidos y su desesperacion por el actual estado de cosas; pero no considera que al fin y postre se halla en esa corte, donde, segun dice todo el mundo, hay recursos á montones para sacar un hombre su pitanza. Por decontado ya cuenta usted con una casa á su disposicion en caso que le duela la cabeza. Ese gran hospital general basta para ensanchar el ánimo al mismo licenciado Vidriera: vale mas lo que en él se desperdicia que lo que se aprovecha en otros, y con solo que usted logre una ligera recomendacion para alguno de los señores mandones, no necesita ya matarse para asegurar la puchera por mucho tiempo. ¿Qué diria usted de mi, si yo le contara los motivos que tengo, superiores á los de usted, para maldecir la constitucion?

Usted sabe muy bien lo que es este pueblo y lo bien que me iba probando el bufete que abrí hace dos años bajo los auspicios del señor doctor Venancio, el alcalde mayor. Ambos la corrimos juntos en Salamanca, siendo fámulos, el uno del colegio de San Bartolomé, y el otro del de Alcántara. Verdad es que ninguno de los dos ganamos la certificacion los tres años últimos, por que ademas de ser ambos aficionados á divertirnos y concurrir á las mesas de truco, era tanta la ocupacion que nos daban nuestros amos, que apenas nos quedaba tiempo para rascarnos, cuanto mas para estudiar la conferencia. Como uno y otro señor tiraban para canónigos ó para togados, no podian prescindir de tomar el chocolate muy tarde, ponerse los vestidos muy limpios y los zapatos muy relucientes, ir á la tertulia hasta media noche y dar la leccion de violin. El colegio les pasaba lo bastante, y como toda la comunidad se componia de tres señores colegiales, ¿en qué mejor se habian de emplear las rentas que en dar una educacion fina á mi señorito? El amo de don Venancio, como era señor cruzado, y estaba seguro de que por su antigüedad habia de tener un buen priorato, ni necesitaba estudiar, ni jamas se metió en tonterias de esta especie. Lo cierto es que lo pasábamos grandemente amos y criados, y que tuvimos maña para sacar certificaciones fingidas, con las cuales nos

fuimos á graduar de bachilleres á Avila y emprendimos nuestra pasantía.

Yo, aunque no sé mucho que digamos, tengo cierta travesura genial, que lo que á mi se me escape no lo han de alcanzar otros mas guapos. El alcalde, ya se ve, mas queria despachar conmigo que no con el otro abogado de aquí, que es un pobre hombre, y no tiene aficion al oficio. Con cuatro palabras blandas hace que se den la mano los litigantes y se deja perder los mejores negocios. A mí nunca me ha gustado eso, sino que quiero que todo se saque á punta de lanza y que luzca el ingenio de los letrados. Ya teniamos asuntos, entre el alcalde mayor y yo, para consumir muchas resmas de papel sellado, y no que ahora con esa pamplina de los juicios de paz que han de celebrar los alcaldes constitucionales, se van á disminuir los pleitos en una mitad por lo menos. Ya he despedido á un escribiente, y dentro de poco tendré que cerrar el oficio.

Pues no digo nada con los sorteos; verá usted ahora como nos sacan á cuantos mozos haya sanos y robustos, sin considerar la justa distincion que debe hacerse entre los que se han criado con cierta delicadeza y melindre, y los que desde chiquitos han estado destripando terrones. Antes á lo menos se hacia el sorteo como era regular, porque nadie se metia en escribir y sacar las cédulas sino el escribano y yo, ó cuando mas el señor oficial que venia con la comision. El cirujano era de nuestra pandilla, y sabiamos hacer potroso al señorito mas pintiparado del lugar; todo el mundo se acomodaba con su suerte y al que chillaba le soplabamos en el calabozo con la peana del alma. Hoy en dia empezarán con la igualdad á vueltas, y con que tan bueno es uno como otro, y con que tan apreciable es para la patria la sangre del humilde labrador como la del rico mayorazgo, y otras majaderias de este jaez. El alcalde que han nombrado los vecinos es un pobre bragaza, que piensa que la constitucion se ha de entender al pie de la letra, y no habrá demonios que le hagan entrar en el *quid pro quo*, que debe haber en todo. En una palabra, empiezo á estar tan desairado, que ya nadie del pueblo se quiere pasear conmigo, sino mi compadre el teniente del resguardo, que es un valiente campechano.

Este sí que es hombre que pierde mas él solo que todos nosotros juntos. ¿Sabe Vm. la perita que era en un pueblo de carrera, como este, la tenencia del resguardo? Pues sepa Vm., si no lo sabe, que él era el amo del pueblo, y que ni la justicia, ni el cura, ni, lo que es mas, el administrador del duque podian tenerse las tiesas, porque la noche menos pensada, sin tener que dar cuenta á nadie, y sin andar con prevenciones ni con recados políticos, cogia su ronda, cerraba la casa que le parecia y se colaba dentro á registrarla desde la bodega hasta el tejado. ¡Triste del dueño de ella si se encontraba media libra de tabaco ó algun pañuelo de muselina! Allí era ver la sarracina que se armaba y con muchísima

razon, porque la real hacienda es lo primero. No faltaba mas sino que todo el mundo defraudase los intereses de S. M. Mi compadre ya lo tenia dicho, que como alguno no contara con él, tarde ó temprano se la habia de pagar. Apuradamente lo mismo le importaba á él enviar la mitad del lugar á un presidio, que beberse un vaso de vino: lo menos siete familias se han quedado en la calle, de resultas de un contrabando que cogió con mucha maña en casa de Manuel el miliciano. Ya se ve, mi compadre las sabe todas, y no es fácil que nadie se la pegue: como que fué contrabandista muchos años en la costa de Málaga, donde nació, y tuvo lances muy ruidosos con las partidas que le desaviaron dos ó tres veces; perdió las cargas y le fué preciso pedir limosna con el trabuco á algunos pasajeros. Despues se arrepintió del oficio, y aprovechándose de un indulto que salió en favor de los malhechores, logró una plaza de guarda y por sus méritos ha subido á lo que es. Pero en medio de todo es muy caritativo: con tal que los traficantes le den á él la tercera parte de las ganancias, maldito si se mete con ellos, aunque introduzcan mas algodón que hay en Inglaterra, ni todo el tabaco del Brasil. Él quiere que todo el mundo viva, y para mayor seguridad los va él mismo escoltando de noche con tres ó cuatro dependientes, y les planta su guia en la mano, como si tal cosa. De esta manera no solo tiene su casa bien provista, sino que cuando algun amigo necesita una pieza de mahon ó cosa así, en diciéndoselo á mi compadre, él se la proporciona mas barata que en las tiendas, y con decir que le tocó de un decomiso, vaya Vm. á que le reconvenzan. Ahora yo no sé como se compondrá, porque como la constitucion va á echar abajo todas estas cosas, él no tendrá mas remedio que meterse á jugar al monte, que lo hace de perlas. Bien es verdad que, segun me ha dicho, él va á ver como arma una contrarevolucion, para la cual ya tiene de su parte á los guardas, y yo le he dicho que cuente conmigo y con el padre predicador cuaresmal.

Este religioso hace ya cuatro años que tiene arrendado el púlpito con su padre guardian, y sin embargo de que este le hace pagar cien ducados para el convento, con todo y con eso saca él mas de un tripló para sus necesidades religiosas. Por de contado la posada no le cuesta ni un maravedi, porque viene á parar á casa del sindico, que es suegro del escribano, y le tratan como á cuerpo de rey. Luego pone unos carteles llamando á penitencia á todos los pecadores y ofreciendo confesar con mayor preferencia á los mas desalmados y reacios. Las mugeres ancianas se despepitan por ir á confesarse con el padre misionero, y como él las oye con tanta caridad y las da tantas doctrinas para quitar los escrúpulos, ellas tambien se portan con él como es debido. La fanega de trigo ó la media arroba de chocolate ó la docenita de pañuelos oscuros no hay quien se la quite. Pues qué dirémos cuando saca el Cristo, y despues de haber hecho moquear á la gente, les encarga á todos

que no dejen de echar alguna limosna en la bandeja que está á la puerta para socorrer una necesidad oculta? Allí es llover cuartos y pesetas, y el vaciarse y volverse á llenar como cajoncillo de taberna. Le aseguro á Vm. que este padre saca mucho fruto del pueblo, y que el pueblo puede sacar tambien mucho fruto de él, porque si le hubiesen creído desde los principios no hubiera llegado el triste caso en que nos hallamos. ¿Le parece á Vm. que él no tenia ya noticias de lo que pasaba en la Isla, y que no se desgañaba por hacernos ver papablemente la necesidad de salir contra ellos? En mi vida he visto hombre mas fuera de si que cuando llegó la noticia de la jura de la constitucion: yo pensé que la Iglesia se venia abajo y que todo el infierno subia á ser testigo de las amenazas y pronósticos que nos hizo. Se despidió despues del pueblo diciendo, que ya en adelante no teniamos que esperar perdon de Dios por haber renunciado al cristianismo, y que tuviésemos entendido que lo mismo es constitucion que heregia, y lo mismo libertad que iniquidad; y que así, mientras que no supiera que todos en masa nos levantáramos para acabar con los liberales, no teniamos que contar con sus oraciones ni con las de su convento. Con esto y con vender el trigo de las limosnas, y con cargar tres pollinos de costales y de alforjas, se fué á mortificar estas pascuas á casa de la comadre que tiene en la aldea inmediata.

Figúrese Vm. como nos habrémos quedado el alcalde mayor, el administrador del duque, el teniente, el escribano, el recetór y yo, que somos los únicos que conocemos la mucha razon que tiene el padre predicador. Cada uno por nuestra parte hemos jurado no descansar hasta que demos en tierra con estas novedades. El administrador ya ha recibido orden de su amo para quitar las tierras á todos los vecinos pobres, á fin de que griten y clamen contra las cosas del dia, y no tengan á quien echar la culpa del estado en que quedan sino á la constitucion. El por su parte apurará ahora con doble fuerza á los renteros, para que sientan lo duro que es eso de respetar la propiedad ajena. El recetór, que habia venido al cobro de ciertas cantidades atrasadas, va á aprovecharse estos dias para vender las mantas y las sartenes á los miserables que no han podido pagar. El alcalde y yo nos hemos de dedicar á hacer burla de cuantos vayan á los juicios verbales, y les harémos ver que el que no pleitea no se sale con la suya, y que es una mala vergüenza estar al parecer de un palurdo constitucional.

Entre tanto me ha de hacer Vm. el favor de verse con el procurador de este pueblo, que ya sabe su casa, y le ha de decir de mi parte, que vea el modo de hacer perdidosos los expedientes que le envié el año pasado relativos al pósito. Porque como antiguamente las cuentas iban al consejo para su aprobacion, y luego á la superintendencia general, puede que ahora pongan algunos reparillos tontos esos rigidores nuevos, y ya Vm. ve que no es lo mismo en-

tenderse con ellos cara á cara que acudir á la corte. Digan lo que quieran, esos señores de Madrid tienen el pecho mas ancho que los lugareños y no exigen que todo saliese pie con bola como estos cicateros. ¿Vea Vm. que le harán á un pueblo treinta ó cuarenta mil reales mas ó menos, cuando con eso se tiene contentos á los señores de Madrid, que son los que nos han de sacar de apuros? Estos de ahora son capaces de intentar no solo que la data venga exacta con el cargo, sino tambien ver por sus ojos el destino que se ha dado á cada partida. Sobre que de la menor bagatela quieren que se dé cuenta al público, y bajo pretexto de que ellos son los que lo pagan, quieren que se les dé noticia de su inversion. Hay hombre tan minucioso y tan ridiculo entre ellos, que se ha puesto á sacar una cuenta, de la cual resulta que con lo que hemos enviado al procurador de Madrid en estos últimos seis años se podia haber hecho una fuente en la plaza y un arbolado en el paseo público. Mire Vm. el señor convenienzudo con las simplezas que se nos viene..... si quiere beber agua, que se vaya al rio, y si quiere árboles, que los busque en el monte.

Otro encarguito le tengo á Vm. que hacer para la *secretaria del real patronato de los santos lugares de Jerusalem*, porque como ya Vm. sabe lo mucho que siempre me he interesado en este asunto tan útil y ventajoso para el público, quisiera que los fondos que estan destinados á mantener al bey de Jerusalem y á sus piadosos turcos, no fueran ahora á mal gastarlos en canales ó en plantíos de viñas. Aviseme Vm. de lo que oiga sobre este particular para remitir un alegato al Gran Señor, pintándole esta fraude, y con eso puede que se determine á enviar en nuestro socorro algun ejército de genizaros, que con ellos y algunos religiosos de por acá, podremos hacer un esfuerzo contra los enemigos nuestros y de su gobierno. Escriba Vm. á menudo y haga el mismo juramento que hemos hecho los arriba nombrados, y es que mas que se hunda el mundo y mas que todo se lo lleve la trampa, nosotros y Vm. hemos de ser primero moros que liberales. Queda suyo afectisimo de circunstancias,

SERVANDO MAZORRA.

III.

CARTA III DEL POBRECITO HOLGAZAN.

Buena la hemos hecho, señor don Servando: ya podemos preparar nuestros oídos á los gritos y risotadas de todos cuantos nos conocen. ¿Sabe Vm. lo que me ha pasado? Pues oiga el chasco que nos sucede y prevéngase de conformidad y paciencia para muchos días. Ha de saber Vm. que entre mis pesares y miserias no es la menor el tener un hijito bastante tonto y que por esta sola razon es el ojo derecho de su madre. Ya ha cumplido los doce años,

y todavía no se le ha podido meter en la cabeza el principio de la cartilla, ni mucho menos cosa que huelva á doctrina cristiana. Nos pierde el respeto á cada instante y cuando me pongo á reprenderle, se arma una pelotera con su madre, que al fin y al cabo tengo que ceder.

Pues señor, este ángelito, sin saber como ni cuando, ha cogido de encima de mi mesa la carta que recibí de Vm. y el borrador de la que yo le dirigí dias pasados. No hay duda en que las tiró por la ventana, ó de cualquiera otro modo las hizo venir á manos de algun galopo redomado; lo cierto es que sin mas ni mas estan ya impresas en letra de molde, y que se venden en una librería y que los ciegos andan por esas calles publicándolas á grito pelado. No contento con eso el tal galopo, las ha puesto el título de *Lamentos políticos*, y sea por esto, ó porque hacen reír á nuestra costa, lo cierto es que todo el mundo las compra y que andan de mano en mano como pesoduro roñoso. Yo por mi desgracia pasé por la puerta del Sol, y ví que todos me miraban con ahinco y como si quisieran reconocermé. Iba pues escurriendo mas que de prisa, cuando uno de los muchos que estaban con el papel en la mano, empieza á gritar á sus amigos diciéndoles: *El es, no hay que dudarle, ahí lleva todavía la señal del escudito*. Figúrese Vm. como me quedaria yo al oír estas voces, y mas cuando se me acerca el tal sujeto y me espeta el papel en las narices.—Mira tu retrato, me dijo, y sírvate de castigo ó de correccion, en inteligencia de que del mismo modo que te hemos conocido, sabemos tambien quienes son los originales de los demas.

Callé mi boquita y me fui pian piano al juzgado de imprentas, en donde yo tuve en mis tiempos un oficial conocido. Hallo la puerta cerrada, llamo; sí, ya bajan; ni una mosca se sentía á dos leguas en contorno. Iba ya á preguntar á los vecinos, cuando me acordé de pronto de que esta es una de las jaulas que se han que dado sin pájaro.—Santo Domingo de mi alma, dije para mí, ¿es posible que hayais permitido que se acabe tan de pronto este antemural de todos los entendimientos? Apenas hace un mes que nadie se atrevia á imprimir una esquila de convite, y ya hoy se estan imprimiendo mas tomos que en Antuerpia. ¿Qué necesidad tienen estos escritores de andarse esponiendo á perder el fruto de su trabajo, y á mas á mas los gastos de la impresion si no se venden sus libros? ¿No era mejor y mas bueno que algun señor camarista les dijera clarito y sin rodeos:—no me da la gana de que Vm. imprima? Ni tienen que venirse ahora con decir sí su ilustrisima lo entendia ó no, porque apuradamente tenia un repuesto de censores, que el que mas y el que menos era prior de una comunidad, ó acaso confesor de monjas. Todo estaba previsto en sus reglamentos y mas querian que no se imprimiese un libro en todo un siglo, que el que la gente se enterara de ciertas cosas. Aquello ya se sabia, iba un poquito despacio, pero no escedia de cuatro á cinco años, y el

libro que llegaba á obtener el permiso del señor juez de imprentas, ya se podia decir que era libro. Pues no digo nada del tino con que se encomendaban á los censores : á fin de que nadie pudiera decir aquello de *¿quien es tu enemigo? el que es de tu oficio*, en cuanto se presentaba un libro de medicina, zas, al prior del rosario con él. ¿Salía otro de farmacia ó de química? corriendito, su decreto al canto para que lo censurase el guardian de capuchinos (1).

Ahora todo es baraunda y confusion, y gritos y alborotos por esas calles; cada dia sale un periódico nuevo con diferente título, y no parece sino que no tenian bastante con los antiguos. El que antes queria saber noticias de todo el mundo, ¿tenia mas que leer la Gaceta? Y el que gustaba de divertirse un rato por las mañanas ¿tenia mas que coger el Diario, que siempre es muy chistoso y satírico? Sobre que la gente con nada está contenta... allí se trataba de todo con suma ligereza y donaire. ¿Qué tendrá nadie que decir de aquellos *solemnes cultos y novenas misiones que la archicofradia primitiva de tal, incorporada con la esclavitud de tal y la hermandad de cual, dedica, ofrece y consagra en su devota capilla*, ó cosa semejante? Pues por lo que toca á señas, ¿dónde se encontrarán mas puntuales que cuando se dice : *Predicará la divina palabra y derramará el pasto espiritual el domingo á las diez de su mañana, el reverendísimo padre maestro fray fulano de tal, prior en su convento de tal parte, y ex-lector de teología y maestro de novicios de tal comunidad*? Y no digo nada de las relaciones de fincas y subastas y las listas de las comedias ejecutadas, que son capaces de hacer reir al mismo Heráclito. Dejémoslos de cuentos : el que no se entretenga con el Diario de Madrid, no tiene que esperar que nadie le cure la melancolía.

Así discurría yo al volver del juzgado de imprentas, cuando hétele que viene á mi un religioso secularizado, con sus hábitos raidos, gorro calado, fiador con borlas gruesas, zapatos de boton y diferentes otros adornos característicos de su estado. Venia mustio y melancólico, y como yo tampoco estaba muy alegre, nos acercamos el uno al otro y trabamos conversacion. Creia yo que la tristeza del padre naceria de igual causa que la mia, y así empecé mi salud con la ordinaria pregunta de ¿qué me dice Vm. de estas cosas? Ya Vm. vé que locuras estas; esto es un desórden : cuatro locos sin juicio y sin cabeza : el pobre rey no puede remediarlo, y si esto sigue, la nacion se vá á perder sin remedio ninguno : lo que quieren es acabar con las cosas santas y...— ¿Qué es lo que está Vm. diciendo, amigo? Vm. sueña ó delira? ¿Piensa Vm. acaso que los religiosos secularizados no estábamos deseando esto mismo? ¿Le parece á Vm. que nos han hecho sufrir pocas pesadumbres entre unos y otros? Pues el que mas y el que menos ha tenido que aguantar muchísimas cabronadas para conseguir el pase de la bula,

(1) Estos dos despropósitos se cometieron el año pasado en Madrid, y el que lo dude que venga á mi casa.

despues de gastar los ojos. Si supiera la gente los pasos que cuesta eso de secularizarse, yo aseguro que nos tendrian mas lástima de la que generalmente nos tienen. Verdad es que nadie nos puso una pistola á los pechos para que nos metiéramos frailes, pero que harémos con eso si ninguno sabemos lo que nos hacemos en aquella edad? Mi tio el padre custodio me dijo que yo tenia vocacion y yo me lo creí á pie juntillas, pero luego que él se murió, conoci, á no dudar, que mi vocacion era la de dejar el convento.

Desde entonces acá no ha habido dia en que no pase un nuevo disgusto; el consejo, los frailes, el obispo, todos se han conjurado contra mi bula, despues que me costó mas que ella vale.—Eso del costo, le dije, es indispensable, por que ya usted ve que los caballeros curiales es menester que coman y que gasten casaca, y luego en Roma necesitan algun dinerillo, porque si no la religion, en fin... Además de que eso es una bagatela, porque al fin y al cabo ¿á qué puede montar cada año lo que sale para allá? Quizas, quizas no pase de veinte millones, que con recargar á dos ó tres provincias una miajita mas de lo que ya estan, se sale del apuro y se queda con lucimiento.—¿Y para qué queremos acá esos lucimientos? Me replicó el padre; ¿le parece á usted que es razon que me desuellen á mi y á otros muchos para que cuatro holgazanes de acá y de allá, no solo gasten casaca, sino que se paseen en coche y los llamen *echeleñtísimos*? ¿No valiera mas que ese dinero circulara por la nacion, y supuesto que tenemos tantos y tan sabios señores arzobispos y obispos, esos fueran los que nos dispensaran ó no dispensaran, segun hallasen mas ó menos justas nuestras solicitudes? ¿Es razon que cada mes estén ocupados diez ó doce banqueros en extraer talegas y mas talegas de esta pobre nacion, sin que siquiera se diga una palabra al público? Yo aseguro que solo con que se mandara poner una lista exacta de lo que sale cada trimestre, no duraria mucho semejante desórden.—Pero hombre, le dije yo, ¿no vé usted que entonces no podria sostenerse el brillo de los señores cardenales y monseñores, y que si se disminuye la agencia al ministerio de Roma, apenas podria dar un convite diplomático? ¿No conocé usted que entonces habria mil dificultades para prorogar el privilegio de comer *carnes saludables, huevos y lacticios á todos los feles de estos reinos, islas adyacentes y dominios de América*? ¿Nó le hace á usted fuerza que aunque por fortuna en los puertos de mar puedan comer salmon saludable y barato, nosotros tendríamos la desgracia de no probar, durante cuarenta dias, mas que abadejo duro y correoso? Vaya que dicen ustedes cosas, que le hacen á uno salir de sus casillas, y sino fuera por lo que ha pasado estos dias, se habia usted de acordar del santo de mi nombre.

Retiróse el buen padre algo mohino, y sin atreverse á decirme una palabra, por que todavia les hacemos algun miedo : se fué por la calle abajo, y yo me quedé indeciso sobre qué rodeo tomaria

para no pasar por la puerta del Sol. Estando en estas oigo unas voces terribles, así como de disputa acalorada, y por no perder la costumbre, me paré á escuchar lo que decían. Tenia el uno de ellos una voz fuerte y áspera, así como de labriego ó patán, ó sochantre de alguna parroquia; el otro la tenia algo mas meliflua y apocada, de modo que formaban un duo bastante desagradable. Si señor, decia el primero, lo que le digo á usted es que es una gran picardía que los diezmos se sigan cobrando como hasta aqui; una cosa es que los ministros de la Iglesia tengan con qué vivir decentemente, sobre todo aquellos que nos suministran el pasto espiritual, y otra que nos saquen los redaños bajo el nombre de diezmos: pues que ¿le parece á usted que por que seamos labradores no tenemos sacada muy bien la cuenta de lo que importa esta contribucion? Lo menos, menos que nos sacan es el cincuenta por ciento de lo liquido, y algunos años no es el cincuenta sino el todo. Mire usted bien lo que dice, señor Juan Lanás, replicó el otro, porque yo soy participe y sé muy bien lo que llega á mis manos. Eso no me importa á mí nada, dijo el labriego, ni son de mi incumbencia los repartos que ustedes hacen. Que el rey se lleve la mitad ó las tres cuartas partes, y que el resto esté tambien muy mal repartido, eso no quita que yo pague una contribucion tan disparatada como la que he dicho, la cual no solo impide que jamas prospere la agricultura, sino que nunca saldremos de pobres los que cultivamos la tierra.—Vámonos despacio, dijo el participe, y tenga usted entendido en primer lugar que esa voz de *contribucion* es muy impropia cuando se trata de diezmos, los cuales son de derecho divino y deben llamarse *retribucion*. En segundo, que yo he sido algun tiempo oficial de una mesa capitular, y sé muy bien que todo lo mas que se paga por via de diezmo no escede de un cuarenta y ocho por ciento. Verdad es que algunos años son tantos nuestros pecados y tan escasas las lluvias, que suele no corresponder la cosecha á la avaricia del labrador, pero Dios sabe muy bien lo que se hace, y no nos toca á los hombres investigar sus juicios inescrutables. Esos años se tiene un poco de paciencia y se ayuna, y sobre todo se guardan las fiestas algo mejor de lo que ustedes acostumbran, porque ha de saber usted que lo que se trabaja en dias feriados, lejos de ser útil á la tierra, por el contrario la esteriliza y destruye.—Yo no entiendo esas teologías, señor participe, pero sé decir á usted que mientras haya tanto cuervo y nos saquen tanto grano, siempre descargará la ira de Dios sobre los pobres labradores, aunque se maten á trabajar.

Con esto ví que yase acababa la disputa, y traté de retirarme antes que me observaran, pero me hallé detenido por el señor don Pancracio, á quien usted conoció de teniente de hermano mayor de la muy ilustre hermandad de cuadrilleros de la imperial ciudad de Toledo. Dióme un estrecho abrazo y me dijo que celebraba infinito haberme encontrado para hacerme una pregunta importante,

la cual se reducía á saber si durante esta tremolina, y mientras que se juntan las malditas Córtes, podría él hacer uso del fuero de la Santa Hermandad; por que hablando en plata, me añadió, hace ya unos tres años que estoy en pleito con un bergante, el cual me quiere cobrar la venta de un molino que tiene junto á Yébenes. Hasta ahora, gracias á Dios, le he podido entretener declinando la jurisdiccion ordinaria, y aun conseguí que mi sobrino el alcalde le llevase preso á nuestra cárcel, donde ha pasado el invierno por sospechas de liberal. Pero como S. M. expidió ese decreto tan rotundo para que se pudiese en libertad á los de las opiniones, mi sobrino ha hecho la majaderia de ponerle en la calle. No bien ha visto la luz, cuando instauró su demanda ante el alcalde constitucional, que no me quiere nada bien, y me temo que no habrá otro remedio que aflojar la bolsa. Yo desearia que usted me ilustrara sobre este punto, y que me indicase un medio para conjurar la tempestad que me amenaza. Quedéme un poco confuso y pensativo reflexionando á qué estado nos van reduciendo á todos los que teniamos unos privilegios tan antiguos, de suerte que hasta los acreedores se atreven con nosotros.—Sin embargo, le dije, usted todavia tiene un recurso que me parece que le ha de sacar adelante; pero no se le digo á usted si antes no me promete alguna gratificacion siquiera para comer un par de dias. Plantóme un pesoduro en la mano, y yo le dije de este modo:—Si tuviéramos aqui á nuestro amigo don Servando, él nos alumbraria con cuantas leyes hay en las partidas, y á pesar de la constitucion se podría trampear el negocio; pero como está tan lejos y el de Yébenes nos aprieta, yo no encuentro cosa mejor que el que usted alegue un ejemplar que está saltando á los ojos. Usted ya sabe lo que pasó con las temporalidades de los jesuitas; el rey se echó sobre ellas y empezaron á administrarlas por cuenta de la real hacienda. Ignoro si fué mucho su producto, ó si, como dicen malas lenguas, todo ó lo mas se quedó entre las uñas de los administradores. Lo que sé decir es que en tiempo de Carlos IV se señalaron bastantes pensiones á muchas viudas y huérfanos sobre esta clase de fondos. Los interesados los estuvieron cobrando pacificamente hasta que volvieron los padres, y sin embargo de que estos han recogido para pocos lo que sobraba para muchos, se han cerrado enteramente á la banda sobre eso del pagar las pensiones. Las viudas y los huérfanos y los establecimientos públicos que las gozaban, se han quedado alpiste, y por mas órdenes y decretos que se han espedido para que se les pague, los padres se han salido con la suya y no han alojado una peseta. Decia yo, pues: deuda por deuda ¿qué mas da la de usted que la de los padres jesuitas? Y si ellos no pagan ¿porqué ha de pagar usted? Lo que tenemos que hacer es irnos á buscar un cierto señor obispo, á quien yo conozco, que así como ha sabido dar carpetazo á las reales órdenes, é impedir que sean oidas las viudas, así tambien puede por caridad indicarnos el medio de burlar al de Yébenes.

— Admirable pensamiento, me dijo, y dándome un apretón de mano, se fué al meson de los huevos que es la posada síndica de los cuadrilleros del uniforme verde, y yo me retiré á casa á dar una vuelta por mi familia. Allí me encontré dos esquelas á un tiempo, en que me llamaban para copiar borradores, que es lo único en que ahora se pueden ganar algunos cuartejos, y le aseguro á usted que mas hubiera querido que viniese una despues de otra, por que me figuro que ha de haber mucho que hacer para poner en limpio los dos asuntos de que tratan. La primera que lei es de un señor general que tiene honores de golilla, y que aunque nunca ha salido de la corte, no solo ha sabido ascender á los primeros grados de la milicia, sino que tiene todas las insignias, órdenes y condecoraciones que han salido desde Carlos III acá. El hombre se ve hoy una miajita comprometido sobre ciertos dictámenes que se le pidieron hace algun tiempo, y ya se vé, como él no era profeta y vió que la maza estaba levantada sobre dos clases de sujetos, juzgó que era mas sencillo hacer que descargara encima de ellos, que no tenerla suspensa tanto tiempo contra las leyes de la estática.

La otra esquela era de un eclesiástico de muchas campanillas, contra quien van lloviendo tantas quejas de todo el tiempo que ha estado ejerciendo un destino de importancia, que al fin y al cabo recela que se ha de dar á su costa una satisfaccion al público. Yo lo sentiria mucho por cierto, porque tengo fundadas esperanzas de que me reciba por su mayordomo ó cosa semejante, como que nadie quiere que le sirva sino gentes asi como yo, que piensen de la misma manera que él, y como van quedando tan pocos de nuestro modo de pensar, no habrá quien me dispute la conveniencia. Lo cierto es que así uno como otro quieren dar un *manifesto*, cada uno á su manera, porque dicen ellos y dicen bien, que este modo que se ha descubierto de poco acá, es el mejor y el mas sencillo para, despues que uno ha hecho lo que le ha dado la gana, dejar á todo el mundo con la boca abierta: como que se hace uno los cargos á sí propio, y responde lo que se le antoja, y pone los documentos que quiere, y como quiere, y con la fecha que quiere, y por fin y postre le dejan la renta, y el que viniere atras que arree, y el que fuere tonto que estudie y santas pascuas.

Al correo inmediato daré á Vm. razon puntual de como va este asunto, y le enteraré de otras cosas que nos interesan: entre tanto queda de Vm. afectísimo, — *El lamentador*.

IV.

CARTA CUARTA DEL POBRECITO HOLGAZAN.

Amigo y señor: dejé, sino me engaño, pendiente mi última carta en aquellas esquelitas que acababa de recibir de mis dos favorecedores; y en efecto, apenas me acepillé el vestido cuando me

fui en derechura á presentar mis respetos á su escelencia. Halléle en su gabinete revolviendo mamotretos y deshaciendo legajos, que segun el colorcillo de manteca rancia que tenian, me parecieron no haberse visto en soltura de muchos años acá. Apenas me hubo mirado, echo mano á los anteojos y me dijo de este modo: ¿Parécele á Vm., amigo, que á un hombre de mis servicios se le ponga en precision de cantar la palinodia? Supongo á Vm. enterado de las bolinas que corren, y acaso no ignorará que me veo en precision de imprimir un *manifesto*. No es esto lo que me apura, porque ademas de que ya me lo tiene enjaretado un amigo que me estima, tengo aquí una coleccion de los que mas han sonado en estos años atras. Lo que sí me mortifica es, que hasta tanto que salga, tengo que guardar clausura y no presentarme con mi berlina por ese prado adelante, como tenia de costumbre. Hasta el compañero que iba todas las tardes conmigo, se ve tambien atacado y no se atreve á salir de su escondite. Por lo tanto yo quisiera que Vm. no retrasara el ponerle en limpio; y para que no pueda equivocarse en los elogios que debe tributarme, quiero que Vm. vaya repasando conmigo esta hoja de servicios que he encontrado aquí á la mano.

Piensen por ahí cuatro tontos; que para haber llegado á teniente general nó he tenido mas que favor y mas favor, pero yo les haré ver ahora que no me han hecho mas que justicia rigurosa. Porque ha de saber Vm. que todavía no habia cumplido nueve años cuando me veia ya con dos charreteras en los hombros y mi despacho corriente por los muchísimos méritos que habia contraído mi madre siendo *señora de honor*. Mas de seis años estuve agregado á los regimientos que habia de guarnicion en la corte, y precisado todos los meses á irme á presentar en la revista. Ví pasar por cima de mi muchísimos capitanes mas modernos que yo, bajo pretesto de que habian perdido algun miembro de su cuerpo en la guerra de Gibraltar. Entre tanto ya me iba apuntando el bigote, y sino es por un almuerzo que se dió en la casa del Labrador, acaso no hubiera salido á gefe hasta estar harto de cumplir diez y seis años. Por fin me hicieron teniente coronel agregado, y tuve que ponerme en marcha para el puerto de Santa María, separándome de mi pobre madre, y sin mas recomendacion que unas cartas del ministro de la guerra para el capitan general de Andalucía. Este señor me precisaba á ir muchos dias á su mesa, y hasta me encargó una comision de traer pliegos á la corte, anunciando la llegada de una flota. ¿Vea Vm. si este servicio no merecia la miseria que me dieron, que fué el grado de coronel? Pues hasta eso llegaron á murmurar. Detúveme aquí unos dias, y como no era razon que habiendo yo servido tan bien á la patria, no se me concediera algun descanso, mi madre reclamó, como era justo, que se me emplease en la secretaría, sin mas objeto que el de cobrar alguna cosa mas de sueldo. Allí aguanté todo el tiempo que duró la guerra anterior con